

CAPITULO XIV.

EL 7 DE MAYO.

Cuando los desafueros de los gobernantes suben de punto y se hace insoportable su tiranía; cuando un país se mira agobiado por pechos y tributos que absorben la mayor parte de su riqueza; cuando vé á sus mandarines y á sus satélites insultar la miseria pública haciendo ostentacion de un lujo deslumbrador y de unos tesoros, Dios sabe de qué manera adquiridos, que no guardan proporcion con sus salarios, por mas crecidos y ruinosos que estos sean para el pueblo que los paga; y sobre todo, cuando estos despotas hipócritamente propalan que su conducta es legal, y que son buenos liberales y miran con respeto el código fundamental del Estado, al mismo tiempo que prácticamente ejercen el poder mas omnímodo y arbitrario ¿qué mucho que agotado el sufrimiento del pueblo, alce por fin su voz soberana para dar el grito atronador de venganza, y procure emanciparse de sus opresores?

¿Y qué extraño será que si una vez no logra hacer triunfar la causa que defiende lo intente otra y mil veces, hasta conseguir su noble objeto?

En la noche del 26 de marzo no correspondieron todos los afiliados á sus compromisos, bien sea por que el grito fué prematuro y se dió antes de la señal convenida y cuando ya se habia aplazado para mejor ocasion, bien sea porque algunos se retrajeron al observar que varias de las fuerzas con que se contaba, en vez de secundar el alzamiento, hostilizaron á los pocos que se habian pronunciado.

Aquellas mismas fuerzas que se habian presentado en la arena en muy distinto sentido del que por sus compromisos era de esperar, quisieron, pasado mes y medio, contribuir al éxito de un proyecto que no hubiera sido de dudoso resultado con su apoyo, la primera vez que se intentó; pero que reproducido en ocasion desfavorable, cuando ya muchos de los valientes con quienes se pudiera contar caminaban para sus destierros y otros gemian en la oscuridad de los calabozos, en tanto que la combinacion se hallaba desquiciada y hasta algunos ánimos habian desfallecido, no fué otra cosa que arrojar al palenque casi ciertos de la derrota.

Si las fuerzas que en la madrugada del 7 de mayo dieron la voz de alarma, se hubieran unido la noche del 26 de marzo á los descontentos, y no hubiese habido divergencia entre todos los que estaban comprometidos, la libertad hubiera triunfado, lo mismo que hubiera triunfado tambien el 7 de mayo, si los desengaños que surgieron de la primera tentativa no hubieran infundido desconfianza á muchos para tomar parte activa en la segunda.

Todo esto favoreció á los defensores de la dictadura. A estas desgraciadas combinaciones, al ardor prematuro, á

la falta de prudencia en el cálculo de parte de los conspiradores que lo esperaban todo de su denuedo y arrojo, á la escasa homogeneidad en la direccion de la empresa, debió el triunfo el gobierno, que no á su inteligencia ni prevision, pues todo lo que hizo el dictador, tanto en los momentos de la lucha como posteriormente, destellaba por todos lados el vergonzoso miedo que le abrumaba.

El movimiento del 7 de mayo, tuvo comienzo á las altas horas de la noche, y á las once lo ignoraban aun muchos de los descontentos que habian tomado parte en el del 26 de marzo, y que se hallaban ocultos; pero dispuestos á secundar cualquiera nueva tentativa, no tan solo con sus personas, sino con el auxilio de otros muchos sugetos que recibian sus órdenes é instrucciones; y aunque el aviso cundió rápidamente entre los afiliados, escaseó el tiempo, y muchos de los dispuestos á arrostrar toda suerte de peligros para derrocar á los opresores, supieron la derrota de los pronunciados antes de saber la hora del combate.

Dijose posteriormente que los militares insurrectos creyéronse suficientes para alcanzar un completo triunfo, y que por esta razon no juzgaron oportuno hacer partícipes á los paisanos que estaban anhelando la hora de la pelea.

Sin embargo, un grupo de paisanos fué el que penetró en el cuarto de banderas del cuartel de San Mateo y se apoderó de algunos gefes y oficiales que no quisieron adherirse á la insurreccion.

A pesar de la efervescencia de las pasiones en aquel momento, y de haberse pronunciado algunas voces imprudentes por los arrestados, el malogrado liberal Dominguez, autor del célebre diccionario que lleva su nombre, logró calmar los ánimos recomendando los mayores miramientos para con los vencidos, y aquellos

oficiales fueron respetados y tratados con todo linage de consideraciones.

Pertenecian al regimiento de España, que habia tomado parte en la insurreccion.

Este acto de generosidad de los paisanos, prueba hasta la evidencia que los descontentos no eran foragidos, asesinos y gente perdida, como vociferaban el gobierno y los periódicos ministeriales. La accion de respetar al vencido, y mas en el calor de la lucha, no es propia de seres degradados, solo pueden ejercerla las almas grandes y generosas.

La mayor parte del regimiento de España, que estaba en convivencia con otras fuerzas igualmente comprometidas, salió de su cuartel, y dirigiéndose por las calles de Fuencarral, Jacometrezo, Postigo y Bordadores, á la plaza Mayor, donde unidos á algunos paisanos y aparapetados en algunas casas, opusieron una tenaz y decidida resistencia á las tropas del gobierno.

Los periódicos ministeriales dijeron que los insurrectos habian hecho una débil oposicion, y que apenas se presentaron sus contrarios, arrojaron las armas, y llorando arrepentidos demandaban el perdon de su extravío.

Esto fué una vil calumnia de los órganos del poder.

Las tropas y los paisanos que dieron el grito de rebelion contra la dictadura, se portaron todos como valientes.

La guardia que se hallaba en el edificio llamado la Panadería fué arrojada de su puesto por el valor de los pronunciados.

La oficialidad del regimiento de España y algunos soldados que no habian tomado parte en la insurreccion, presentáronse con la bandera y su gefe á la cabeza con el objeto de hostilizar á sus camaradas.

El coronel empezó por arengar á los rebeldes; pero le contes-
taron estos con descargas tan frecuentes y certeras, que el cuadro
de oficiales se vió obligado á guarecerse con la bandera en el pa-
lacio del conde de Oñate. ✕

Igual éxito obtuvo el duque de Ahumada al querer penetrar
por aquel mismo sitio.

Por la parte de las Platerías, esto es, en los portales de Ciu-
dad-Rodrigo, se apoyaban principalmente los pronunciados.

A las cuatro y media presentóse por aquel lado un ayudante
con alguna fuerza de caballería, que tuvo que retirarse por el vi-
visimo fuego de la Plaza.

Desde entonces tuvo comienzo la verdadera lucha.

Ya las tropas del gobierno ocupaban todas las avenidas de la
Plaza y el fuego era sostenido por ambas fuerzas beligerantes con
denuedo y bizzaría.

Así las cosas, presentóse el general Narvaez con mucha tropa
de refuerzo. Tambien le acompañaban el gefe político conde de
Vista-hermosa, y el coronel Lersundi.

Al llegar esta columna de ataque á la plazuela de la Villa, fué
recibida á balazos por los insurrectos; pero desalojados estos de las
Platerías por la infantería que los atacó á paso de carga, replegá-
ronse á la plaza Mayor, posesionándose de varias casas, donde se
hicieron fuertes, lo mismo que detrás de los pilares de los arcos.

Narvaez creyó prudente retirarse con sus tropas en considera-
cion á que el fuego de los sublevados á quienes las ventanas y los
arcos servian de parapetos, causaban muchas bajas en las filas de
las tropas que evolucionaban bajo sus órdenes.

Mandó á la sazón colocar una pieza de artillería de á 12 en las
Platerías, esquina á la calle de Santiago, y que parte de su fuerza

avanzára por la plazuela de San Miguel para apoderarse de las ca-
sas de la Plaza, disponiendo al mismo tiempo que otro peloton se
dirigiese contra los descontentos por las calles de la Amargura,
Postas y Esparteros.

A los pocos disparos de artillería, tuvo Lersundi la suerte de
alcanzar á un corneta de las tropas sublevadas, que tocaba *ataque*.

Le abrazó fraternalmente y le mandó tocar *alto el fuego*, ha-
ciendo que un caballerizo que le acompañaba agitase un pañuelo
blanco.

Al toque de *alto* dado por su corneta, á la señal de paz que
vieron los sublevados tremolar por el aire, suspendieron efectiva-
mente de todo punto las hostilidades, en tanto que las fuerzas del
gobierno se apoderaron repentinamente de las casas.

A este ardid estratégico debieron en gran parte su triunfo los
hombres de aquella aciaga situacion.

Serian las cuatro de la madrugada, cuando el mariscal de cam-
po Fulgoso, capitan general de Castilla la Nueva se presentó en
la Casa de Correos, y conferenció con el gobernador acerca de las
medidas que habia adoptado este para la defensa del edificio.

Dirigiase luego por la calle Mayor, cuando por una de las bo-
cas-calles se asomaron tres individuos, y gritando uno de ellos:
¡ÉL ES! le disparó casi al mismo tiempo un tiro.

La detonacion asustó al caballo que comenzó á dar botes, y ar-
rojando al jinete, recibió este en la cabeza un fuerte golpe que
unido á la herida que le habia causado en el muslo la bala del dis-
paro, dejóle en un estado de la mayor gravedad.

El mismo gobernador y uno de los soldados de la guardia, le
condujeron á las habitaciones del primero, y de allí le trasladaron
á su casa.

Los agresores se retiraron por el callejon del Cofre, y aunque varios soldados les persiguieron, no les fué posible darles alcance, cosa verdaderamente estraña con las fuerzas de caballería é infantería que allí tenia á la sazón el gobierno.

El general Fulgosio fué inmediatamente sustituido en el mando militar del distrito por el general Pezuela.

Don Ramon Joaquin Dominguez, el que habia entrado con los paisanos en el cuartel de San Mateo y despues de haber arrestado algunos oficiales impidió, como ya hemos dicho, que no fueran víctimas del furor de los amotinados, cuando hubo visto salir á los paisanos y á la tropa dando el grito de ¡LIBERTAD! y dirigirse á la plaza Mayor, se encaminó á escitar en favor de tan santa causa ciertas fuerzas, que segun se habia asegurado, estaban comprometidas y dispuestas á secundar el alzamiento.

Presentóse á ellas en efecto; pero en vez de unirsele, hicieronle una descarga, y el infeliz cayó exánime, atravesado por nueve balas!

Derribado y mortalmente herido, aun se defendió con su pistola de siete soldados que pretendian acabar de asesinarle á bayonetazos.

Si es positivo, como se aseguraba, que aquellas tropas estaban en connivencia con los insurrectos, no sabemos cómo calificar tan bárbara alevosía, tan inaudito asesinato. No les bastó en aquel caso olvidar sus compromisos, y apostatar de un juramento empeñado, sino que á tal falta de consecuencia y caballerosidad, que nunca dá gloria á quien la perpetra, gozaronse en añadir la de un horrible homicidio, consumado en el que lleno de confianza se presentaba como amigo á los que prefirieron ser sus verdugos.

No murió el malogrado patriota en el acto. Conducido á una casa inmediata, á donde acudió su desolada esposa, espiró en sus

Entusiasta de los principios que defendía y que causaron su prematura cuanto desastrosa muerte, antes de este último sacrificio había hecho ya el de toda su fortuna en las aras de la libertad de su patria; así fué que su viuda no solo perdió un honrado esposo, sino gran parte de los recursos con que hubiera podido contar, si aquel valiente patriota no hubiera prodigado todas sus economías y el fruto de sus afanes y desvelos para promover y llevar á cabo el glorioso pensamiento de salvar al pueblo del dominio de sus opresores.

Don Camilo Carretero, estudiante, apreciable jóven que se hallaba en la florida edad de las ilusiones, pues apenas había cumplido veintiun años, era el compañero de Dominguez; y tambien como él habiase presentado ante las tropas con cuya formal promesa y solemne juramento contaban.

¡Cielos santos!... tambien como él recibió la fatal descarga, y atravesado el cuerpo de dos balazos, habiendo visto á su compañero revolcarse en su sangre y creyéndole muerto por fin, dirigióse, sin abandonar su carabina, y arrojando copiosamente sangre por sus graves heridas, hácia la calle del Olivo.

El infeliz sentíase desfallecer, y en vano demandaba auxilio puesto que era ya la madrugada, y á semejante hora estaban cerradas todas las puertas, y nadie transitaba por las calles.

Llegó en efecto á la del Olivo; pero ya exánime iba á caer cuando vió que se le aproximaba una patrulla enemiga.

Ya en el trance de una inevitable muerte, resolvió vender cara su vida, y reunió las pocas fuerzas que le quedaban para hostilizar á sus contrarios; pero al querer apuntar con la carabina, cayó desfallecido.

En esto, la patrulla para quien no había pasado desapercibida

la acción hostil del valiente moribundo, se arrojó sobre él y ensañándose en quien sentía ya las ansias de la agonía, dió término á la vida de aquel bizarro jóven.

Alma vil y cobarde sería, á no dudarlo, la del comandante de aquella fuerza.

Los valientes son siempre generosos y respetan la desgracia de los valientes.

Aun en el caso de que el moribundo hubiese podido llegar á disparar su carabina ¿merecía por tal bravura la ira de los vencedores?

¿Si estos hubieran albergado instintos menos brutales, hubieran dejado de conocer que semejante denuedo en el que está ya en la agonía es un acto digno de admiración y respeto?

Así lo hubieran conocido si estuvieran dotados de las virtudes que suelen ser el patrimonio de los valientes, y obrando como buenos, como generosos, como magnánimos, en vez de apresurar su muerte, hubieranle conducido al mas próximo hospital de sangre para ver si aun podían curarse sus heridas.

Esto es lo que se ejecuta en buena lid; lo contrario es la lucha de las fieras y solo arguye sentimientos de beduinos, entrañas de cafres, instintos sanguinarios que están en completa discordancia con las leyes de la civilización.

De este modo exhaló su alma don Camilo Carretero, jóven lleno de porvenir y de esperanzas lisonjeras que se secaron en flor. Dignos eran de mejor suerte sus talentos, su valor, sus nobles prendas. El último suspiro fué por la *libertad de su patria*; últimas palabras que balbuceó para mayor baldon de sus asesinos.

Su familia perdió el querido objeto en cuyas bellas prendas cifraba todo su orgullo; los amigos de la libertad perdieron un héroe.

Otros muchos sucesos lamentables acrecentaron las desgracias que en uno y otro bando ocurrieron durante la fratricida lucha del 7 de mayo.

Varios fueron los oficiales muertos y heridos. La clase de tropa sufrió sobradas bajas, y muchos paisanos cayeron víctimas de tan encarnizado y desigual combate; y si estas desgracias ocurridas en una lucha de españoles contra españoles, son siempre deplorables, sube de punto el horror que inspiran á todo corazón generoso cuando en pos del combate surgen del espíritu de venganza, de la implacable iracundia de los vencedores.

Cuando ya ni un solo tiro resonaba, cuando las fuerzas del gobierno habian alcanzado un completo triunfo por su inmensa superioridad numérica, conducia un piquete de tropa á unos prisioneros por la calle Mayor. Los mas de estos infelices eran paisanos.

Entre estos presos llamaban singularmente la atención dos jóvenes elegantemente vestidos, cuyo traje indicaba claramente que habian pasado la noche en alguna sociedad de baile, ó mas bien engolfados en las delicias de amor, que en tenebrosas conspiraciones ni en bélicas contiendas.

El frac negro, los guantes blancos, la bota de charol, la corbata de raso negro, el chaleco de piqué blanco, todo ello colocado con primorosa elegancia y sorprendente aseo, no son ciertamente atavíos propios de conspiradores dispuestos á la lid.

Otro joven marchaba tambien entre ellos, cuyo traje era ya muy distinto; pues aunque decente, parecia á propósito para inspirar sospechas.

En efecto, este mozo, verdaderamente bizarro, habia pasado la noche y la madrugada haciendo fuego á las huestes de los opresores.

Al llegar cerca de la casa del conde de Oñate palideció de

repente y tembló algunos instantes de una manera convulsiva.

Un espectáculo desgarrador habia llamado su atención.

Habia un cadáver en la calle..... ¡y era el cadáver de su hermano!

Le contempló un momento con una sonrisa amarga que hacia estremecer.

Ni una sola lágrima brotó de sus desencajados ojos!...

Abria y cerraba los párpados convulsivamente..... Sus dientes rechinaban!...

No tardó en desaparecer la mortal palidez de su rostro, y un carmin sanguíneo inflamó sus mejillas.

Entonces exclamó con aterradora frialdad:

— ¡Bien!... bien, hermano mio, te has portado como un valiente!... Has muerto por la libertad!

Estas heroicas exclamaciones debieron haber causado la admiración de sus mismos contrarios, escitándoles á respetar aquel heroico *fanatismo político*, si de tal querian calificarle.

¡Ay!... no fué así.

Las exclamaciones del bizarro madrileño bastaron para que se le prodigasen insultos y amenazas con desaforada gritería; suceso bochornoso que nos trae á la memoria ciertos versos de un poeta alemán, traducidos en estos términos:

Cobardes son los que insultan
al vencido, y mas cobardes
los que al indefenso hieren
terminado ya el combate.

Y sobre cobardes, viles
son los que, á guisa de cafres,
sacrifican un valiente
á los rencores brutales.

Los denuestos y las amenazas que estallaron contra los presos, eran insuficientes para aplacar la cólera de las dignas huestes de Narvaez; era preciso que corriera sangre para halagar al dictador.

No bien observaron esta escena algunos soldados que ocupaban aun los balcones del palacio del conde de Oñate, gritaron furiosos á los que custodiaban á los presos que se separasen, porque iban á romper el fuego contra aquellos revolucionarios.

El piquete, faltando á la ordenanza militar, faltando á las órdenes que tenian de conducir los presos á su destino, faltando á lo mas sagrado que hay en la milicia..... el honor, se separó en efecto, y la feroz soldadesca hizo una descarga de la que murieron los dos jóvenes elegantes, otros cayeron gravemente heridos, contando entre estos el valiente hermano del que no lejos de allí yacía cadáver.



CAPITULO XV.

EL 7 DE MAYO (CONTINUACION.)

El 7 de mayo de 1848, tiene muchos grados de afinidad con el 2 de mayo de 1808.

Hay, sin embargo, una diferencia notable entre los tristes sucesos de estas dos fechas.

El 2 de mayo fué un ejército extranjero é invasor quien se ensañó contra los valientes madrileños.

El 7 de mayo eran españoles los que derramaban sangre española.

Cuando las tropas del gobierno penetraron en las casas de la plaza Mayor que estuvieron ocupadas por los insurrectos, fueron presos la mayor parte de los dueños ó inquilinos de las mismas y cuantos hombres se hallaban á la sazón en ellas.

En vano trataron de alegar, como era justo, que lejos de tener roce alguno con aquellos sucesos políticos, habian sufrido las molestias consiguientes á semejantes invasiones; pero desestimando estos alegatos y las súplicas de las mujeres y de los niños, dispuso un comandante de infantería que fuesen todos los hombres condu-